PREHISTORIA DE BENAVENTE Y LOS VALLES

José Ignacio MARTIN BENITO

INTRODUCCION

El trabajo que aquí presentamos pretende ser una exposición del conocimiento general que actualmente tenemos sobre la Prehistoria de Benavente y su comarca de Los Valles. Dicho trabajo se basa en la investigación que desde hace cuatro años llevamos a cabo en la zona, centrada fundamentalmente en las etapas paleolíticas, aunque pretende realizar una síntesis de otros momentos, para presentar así una visión general de las etapas más arcaicas de la historia del territorio.

Las diversas manifestaciones económicas, sociales y culturales que se dieron en nuestra comarca durante los tiempos prehistóricos estuvieron, sin duda, condicionadas por el espacio físico. Como es sabido, existen unas relaciones de dependencia del hombre con respecto al medio natural. Dicha dependencia sería mayor o menor en función de su desarrollo tecnológico. El condicionamiento del medio y la posibilidad de adaptación del hombre al mismo marcará las relaciones entre éste y aquel. De ahí que creamos conveniente hacer una presentación del marco físico antes de adentrarnos en las diversas etapas prehistóricas.

EL MEDIO FISICO

Desde el punto de vista geológico, la comarca se encuentra situada en el espacio ocupado por el Macizo Hespérico, de edad paleozoica, cuyos vestigios, en forma de afloramientos cuarcíticos, que forman diversas alineaciones, se elevan sobre las superficies de llanura. Estas elevaciones son fruto de los empujes alpinos que durante el Terciario provocaron la fractura del zócalo paleozoico, con el consiguiente fenómeno de hundimiento de unas zonas y el levantamiento de otras. Las zonas más deprimidas fueron rellenadas durante el Mioceno por sedimentos de carácter detrítico, dando paso a una planicie tubular. Esta superficie fue cortada por los ríos durante el Plioceno y el Pleistoceno, como consecuencia de la formación de la red fluvial actual. Los ríos fueron formando amplios valles, dejando a un lado y otros varios niveles de sus lechos, a medida que fueron ahondando su cauce.

Téngase en cuenta que la comarca está bien regada. Su denominación de «Los Valles» responde precisamente a la presencia de valles fluviales formados por los ríos que bajan de la cordillera cantábrica y del macizo de Sanabria. Esta circunstancia favoreció, sin duda, la ocupación de sus riberas durante la Prehistoria.

Las posibilidades de un medio ecológico bien regado, que atraería a diversas especies animales, atrajo también, desde muy temprano, al hombre paleolítico, que se estableció principalmente en torno a las corrientes de agua. Las

riberas de los ríos, con depósitos de cantos rodados de cuarcita, le facilitaba la disponibilidad de materia prima para la fabricación del utillaje.

La propia configuración del relieve y de la misma hidrografía están en la base del modo de vida de las gentes megalíticas, dedicadas al aprovechamiento de tierras y pastos, en una economía agrícola y pastoril. En la erección de sus monumentos: los dólmenes, aprovecharon las rocas que el medio natural les ofrecía; en este caso, los afloramientos cuarcíticos de la Sierra de Carpurias sirvieron de cantera para la construcción de los megalitos.

Las superficies terciarias tabulares, cortadas, a veces, por agentes erosivos, entre ellos, la acción de los ríos y arroyos, fueron aprovechadas para emplazamientos de tipo castreño, como Benavente, Camarzana, Castrogonzalo, Castropepe o la Dehesa de Morales. También, los promontorios paleozoicos con defensas naturales —escarpes, ríos...— adquieren protagonismo, principalmente, durante la Edad de Hierro, como lugares de hábitat; así «La Corona» (Manganeses de la Polvorosa), «El Castro» (San Pedro de la Viña), «Labradas» (Arrabalde), etc....

EL PALEOLITICO

Una de las etapas prehistóricas mejor presentadas en la comarca es la del Paleolítico Inferior, al menos desde el punto de vista de la dispersión de yacimientos. El hecho de que la comarca esté bien regada por una serie de corrientes fluviales debió favorecer la ocupación de poblaciones humanas, tanto por las condiciones medio-ambientales, que implicaría la existencia de animales, subceptibles de ser capturados, como por la presencia en los márgenes de los ríos de materia prima necesaria para la fabricación del instrumental lítico. Es muy difícil, por no decir imposible, evaluar la contingencia de los grupos de cazadores achelenses que poblaran los valles benaventanos, sobre todo teniendo en cuenta que lo único que ha llegado hasta nosotros ha sido el material lítico, dado que la acidez del terreno ha destruido los posibles restos paleontológicos.

Por otro lado, es necesario subrayar que, incluso, los yacimientos que se presentan en posición secundaria, esto es, el material arqueológico ha sido desplazado de su antiguo emplazamiento por las avenidas fluviales y abandonado aguas abajo. De ahí, la dificultad en el estudio de estas etapas.

No obstante, sería absurdo renunciar a la información que, aunque parca, puedan darnos dichos yacimientos. Por de pronto, gracias a la localización de los mismos, sabemos que grupos humanos con industria achelense ocuparon las riberas de los ríos Cea, Eria, Esla, Orbigo, Tera, con campamentos al aire libre.

Características de las industrias líticas

La industria humana que descansa sobre las terrazas fluviales, atribuible al período inferopaleolítico, está fabricada, en su mayor parte, sobre cuarcita que, en forma de cantos rodados o placas, se esparce por los antiguos lechos de los ríos. En menor caso, se tallaron también otras rocas cristalinas como el cuarzo o metamórficas, como la lidita.

La dependencia del medio físico queda patente en la localización de yacimientos, en este caso relacionados con la existencia o no de materia prima, así

como que dicha materia sea o no apta para su transformación. De esta manera, el tamaño de los cantos rodados condicionaría la fijación de un asentamiento. Respecto a ésto, hemos comprobado que en zonas donde los cantos son pequeños, entre 5 y 8 cm., por lo general los yacimientos están ausentes.

El soporte de los útiles líticos suele estar en función de cómo se presenta la materia prima en la naturaleza. Generalmente, los útiles han sido fabricados a partir de un canto rodado, pero en ocasiones lo hacen a partir de una placa o bloque desprendido de filones más o menos próximos, como ocurre en el yacimiento de «El Sierro», en Villabrázaro, donde una parte de la industria —los bifaces— han sido elaborados sobre diaclasa, en tanto los cantos tallados lo fueron sobre canto rodado (Martín Benito, 1985). Aquí, podríamos decir —como se comprueba en otros conjuntos— que hay un proceso selectivo, de elección en el soporte, como lo hay también, a veces, en la calidad de la materia prima.

Esta selección es lo que nosotros llamamos *soporte primario*. Pero dicho soporte puede ser aun más selectivo, buscando una mayor adaptación inicial al proceso de fabricación. Es lo que denominamos *soporte secundario*. Se trata, en este caso, de extraer del canto o bloque una lasca para su transformación ulterior en utensilio, circunstancia ésta que veremos incrementarse a medida que el desarrollo tecnológico de los conjuntos sea mayor, por lo que ello implica: una consciencia de las cualidades aportadas por la lasca (Martín Benito y Benito Alvarez, 1987, p. 80).

En cuanto a la técnica de talla, la comunmente empleada ha sido la de percusión dura, es decir, la producida mediante choque directo de piedra contra piedra; en menor proporción se usó el percutor de hueso, asta o madera —percusión blanda— para la manufactura de los útiles. Estas técnicas de percusión, junto con las rectificaciones en la talla bruta de las piezas —técnicas de retalla— y regularización del corte, son, de hecho, estigmas orientadores a la hora de analizar el grado tecnológico de los conjuntos líticos y, en base a ello, poder establecer una evolución tecno-cultural de las industrias. A ello contribuye también la identificación de otras técnicas empleadas como la **levallois,** si bien está escasamente representada.

Los útiles

Los útiles más comunes en los conjuntos industriales del Achelense de Los Valles son los **bifaces** (fig. 1), de variada morfología, pero fabricados con técnicas muy similares. Suelen estar fabricados con percutor duro, pero en determinados conjuntos se advierte un incremento de la percusión blanda respecto a otros, siendo ésta, empero, minoritaria. El aumento de técnicas de rectificación suele coincidir con dicho incremento.

De menor personalidad que los bifaces son los **hendidores** (fig. 2), útiles estos escasamente representados en el conjunto general de las industrias. En determinadas etapas llega a advertirse una tímida, pero más notable, presencia de los mismos.

Los **triedros** acostumbran a ser más numerosos en conjuntos un tanto arcaicos, como sucede en «Los Chanos», en Navianos de Valverde, en el valle del Tera (Benito del Rey, 1988), en tanto en yacimientos más evolucionados, como «Los Milanos» o «Los Chipiteros», son más escasos.

Los **cantos tallados** están bien representados en toda la secuencia achelense, dominando los de talla unifacial. En ocasiones algunos de estos cantos, en lugar de útiles, bien pudieron ser concebidos como soporte de **lascas,** o sea, como **núcleos.**

Utiles como **raederas** o **raspadores,** más característicos de otras etapas paleolíticas, están también representados en el Achelense de la zona, si bien no lo hacen con demasiada frecuencia.

Los conjuntos líticos

En un estudio de conjunto, como es el que tratamos aquí, sería prolijo enumerar todos y cada uno de los hallazgos y yacimientos con industria achelense localizados en la comarca de Los Valles. De ahí que centremos nuestra atención, a grandes rasgos, en los principales.

En el valle del Tera, muy rico en manifestaciones de este tipo, sobresalen los conjuntos de la zona Santa Marta-Santa Croya, particularmente los ubicados en el primer término, en cuyas terrazas de la margen derecha sobresalen los yacimentos de «Los Milanos», «Los Chipiteros» y «El Nevao», mientras que al otro lado del Tera, en el término de Santa Croya, hemos localizado industria achelense en «Las Praderonas» (Martín Benito y Benito Alvarez, 1986), ligeramente más arcaica que las industrias de los anteriores yacimientos. No debemos olvidar tampoco el área de Navianos-Burganes de Valverde (Santonja, 1981), con yacimientos como «Los Chanos» (Benito del Rey y Martín Benito, 1985).

Próximos a los conjuntos de Santa Marta, por lo que a las características técnicas se refiere, estarían los yacimentos de «Los Llanos» (Villabrázaro) y «La Cantera Grande» (Benavente), en el valle del Orbigo (Martín Benito, 1988), así como, posiblemente, «El Cabezo» (Bretocino), en el valle del Esla.

Un tanto más arcaica que la industria de estos yacimientos parece ser la localizada en «El Sierro» (Villabrázaro), aunque, el conjunto técnicamente más evolucionado está representado, por el momento, en «El Raso» de Villalpando, ya en Tierra de Campos, sobre el valle de Valderaduey.

∴

Lo que hasta hace poco más de cinco años no era sino una incógnita, hoy comienza a ser conocido. Los hallazgos de yacimientos al Norte del Duero y, en paticular, el de la comarca de Los Valles de Benavente, nos ponen de relieve la importancia del fenómeno achelense en estos territorios. Conocida parte de la dispersión de los yacimientos (Mapa I), la investigación futura debe tender a la localización de nuevos enclaves y, particularmente, a la detección de alguno en posición primaria, lo que nos aumentaría la información, trayendo como consecuencia un mejor conocimiento del Achelense en la cuenca septentrional del Duero.

Por lo que respecta al resto del Paleolítico no tenemos ningún dato en el territorio benaventano. ¿Cómo evolucionó el último Achelense? ¿Existió un Paleolítico Medio en la zona? y de ser así ¿cómo se manifestó? Lo mismo podríamos preguntarnos acerca del Paleolítico Superior. El hecho de que exista un vacío de hallazgos arqueológicos de estas etapas en nuestro territorio no es

una razón suficiente para afirmar que dichos fenómenos no afectaron a la comarca y viceversa, tampoco podemos presumir su inexistencia. En este caso, el rigor científico nos invita a la cautela y a la prudencia, en tanto no dispongamos de datos sufientes para confeccionar hipótesis.

EL MEGALITISMO

No conociendo, de momento, ningún poblado neolítico en el territorio —el hábitat neolítico es, por otra parte, prácticamente desconocido en la cuenca del Duero—, no obstante contamos con una serie de manifestaciones funerario-arquitectónicas que bien podrían hundir sus raíces en el Neolítico o, cuando menos, acusar la influencia de este horizonte, como después se verá.

Como es sabido, a finales del Neolítico, diversas comunidades humanas adoptaron la costumbre de enterrar colectivamente a sus difuntos en unos sepulcros construídos con bloques de piedra —cuando los había—: los dólmenes. A dicho fenómeno y lo que ello conlleva se le conoce con el nombre de megalítico, haciendo referencia al tamaño de los ortostatos de piedra empleados en su construcción.

Una de las regiones megalíticas más destacadas de la Península Ibérica es la fachada atlántica, desde Galicia hasta el Alentejo, incluyendo las provincias españolas limítrofes con Portugal. El importante foco megalítico de la Beira y Tras-os-Montes encuentra su expansión al interior en las penillanuras extremeña y salmantino-zamorana. Mejor conocidos los dólmenes salmantinos que los zamoranos —a falta de una mayor investigación en la provincia de Zamora— todos ellos forman parte de una región megalítica o menos homogénea, aunque puedan advertirse algunas diferencias.

Situación y estructura de los monumentos

Dentro de los sepulcros megalíticos zamoranos, adquiere especial significación, por su número, el núcleo situado en el centro Norte de la provincia, donde se localizan los monumentos de Granucillo de Vidriales (Gómez Moreno, 1927) (fotos 1 y 2), Arrabalde (foto 3) (Martín Valls y Delibes, 1975), Morales de Rey, Santa María de la Vega (Palomino, 1988) y Brime de Urz (López Plaza, 1982) (Mapa II).

En su construcción se emplearon ortostatos de cuarcita, material este que aflora en la Sierra de Carpurias y estribaciones, próximas a los monumentos. Aquí, como en otros lugares, se observa una correlación entre el mapa geológico de terrenos de rocas pelozoicas con la dispersión de los dólmenes. Por su parte, en los terrenos sedimentarios de la cuenca del Duero, este tipo de monumentos están ausentes, debido a la carencia de piedra y, en su caso, los enterramientos son derivados de lo megalítico, prevaleciendo «una forma de enterramiento colectivo, bajo túmulo, pero no dolménica» (Delibes, 1985, p. 33), caso de los sepulcros de Sanzoles (Zamora) o Villanueva de los Caballeros (Valladolid).

En cuanto al emplazamiento de los dólmenes, una circunstancia común, observada en Salamanca y Zamora, es el relativo alejamiento de los roquedales, para hacer notar así su monumentalidad; a veces, están alejados hasta centena-

res de metros, aunque en otros casos les separan apenas unas decenas. De cualquier modo, los monumentos destacan en el paisaje.

Los dólmenes suelen estar situados en zonas de llanura o fondos de valle próximos a una corriente de agua, como ocurre con los del grupo del Valle de Vidriales y Valle del Eria.

Por lo que respecta a su estructura, los megalitos de la comarca de los valles de Benavente parecen estar vinculados tanto al grupo de sepulcros de corredor como a los de simple cámara. Las últimas excavaciones del J. del Val en los dólmenes de Granucillo (1984) confirman que el monumento de «San Adrián» pertenece al tipo de dólmen sin corredor (Delibes y Del Val, 1988). Se trataba aquí de una cámara ovalada, lo que hace que el monumento contraste con el próximo de «Las Peñezuelas».

Es estado del resto de los dólmenes de la comarca, así como el que no se hallan realizado excavaciones arqueológicas en ellos, dificulta, de momento, el precisar la tipología del monumento.

Por otro lado, en la mayor parte de ellos, el túmulo está muy rebajado o ha desaparecido, debido a la erosión y a las labores agrícolas. Este se advierte aún, muy rebajado, en el dólmen de Morales de Rey. En otros no sólo es el túmulo el que ha desaparecido, sino también el monumento, caso del dólmen de Brime de Urz.

Cronología

Todo hace pensar que los dólmenes zamoranos y, particularmente, el grupo de norte, en torno a Los Valles, hunden sus raíces en el Neolítico, perdurando hasta la Edad del Bronce. A falta de fechas concretas, los ajuares ponen de relieve el dilatado período en que estos sepulcros estuvieron en uso. Los elementos geométricos hallados en las últimas excavaciones en los dólmenes de Granucillo (Delibes y Del Val, 1988) hacen suponer una acusada impronta neolítica para este foco norteño, lo que podría remontarnos a últimos del IV milenio A. C., fechas éstas confirmadas tanto en Portugal como, incluso, en la Meseta (Delibes y Santonja, 1986, p. 199).

La presencia de cerámica de Boquique en los dólmenes de Granucillo señalaría el último período de utilización de los monumentos.

EL CALCOLITICO

El mundo calcolítico suele estar representado en los dólmenes zamoranos. En efecto, hallazgos como el puñal de remaches en el dólmen de «La Casa del Gato», en Almeida de Sayago, así como la presencia de cerámica campaniforme en varios dólmenes de la provincia (Palomino, 1988), nos confirma que las gentes del Calcolítico de la provincia seguían con la práctica de dar sepultura a su muertos en los sepulcros megalíticos, siendo ésta, la calcolítica, acaso la etapa de plenitud en el uso de estas construcciones.

La correspondencia del material hallado en el interior de las tumbas, invita a relacionarlo con el localizado en los poblados, a fin de relacionar el mundo de los vivos con el de los muertos. Bien representado el horizonte calcolítico en la

provincia, gracias, sobre todo, a trabajos de excavación que se han llevado a cabo en el poblado de «Las Pozas» (Casaseca de las Chanas) (Delibes y Del Val, 1988), el conocimiento del mismo se amplia con los resultados (prácticamente inéditos) de las excavaciones realizadas en 1985 en el pago de «Las Cañamonas» (San Cristóbal de Entreviñas (J. Del Val). Este yacimiento, situado ligeramente sobre la vega del Esla, era conocido en la bibliografía por la existencia de una villa romana (Regueras Grande, 1979). Posteriormente, el hallazgo de restos arqueológicos —cerámica fabricada a mano y un hacha pulimentada (fig. 3)— puso en evidencia la existencia de un poblado calcolítico infrayacente, confirmado por la excavación. Los datos bibliográficos que poseemos provienen del estudio de los materiales de superficie (Martín Valls y Delibes, 1982), quienes advirtieron algunas variaciones con la cultura material de «Las Pozas», indicando posibilidad de una relación con el área transmontana. La información sobre algunos aspectos del poblado han sido dados a conocer recientemente con motivo del I Congreso de Historia de Zamora, entre ellos, el hallazgo de un enterramiento individual en fosa, lo que implica un cambio en el ritual mortuorio, en relación con la tradición megalítica (Delibes y Del Val, 1988).

La situación del poblado a orillas del Esla parece sugerir un aprovechamiento de la fértil vega, tanto desde el punto de vista agrícola, como del aprovechamiento de sus pastos.

La ocupación durante el Calcolítico de la comarca benaventana no está muy documentada. Aparte del ya mencionado de «Las Cañamonas» parece que existió ocupación calcolítica en el yacimiento de «La Dehesa de Morales, en Fuentes de Ropel (Celis Sánchez, 1988). Asímismo, tenemos indicios de un posible poblado calcolítico sobre las terrazas del Tera, en Quiruelas de Vidriales (inédito).

LA EDAD DEL BRONCE

Al abordar el megalitismo aludíamos a la presencia de cerámica de Boquique en el interior de algunos dólmenes de la zona, como los de Granucillo (López Plaza, 1982), lo que demuestra que las gentes de la Edad del Bronce, siguieron vinculadas a rituales funerarios utilizando los viejos sepulcros megalíticos.

No es muy conocida la Edad del Bronce en la comarca benaventana y, en todo caso, los hallazgos hacen referencia al último Bronce, concretamente a la cultura de Cogotas I. Así lo ponen de relieve hallazgos esporádicos en la «Dehesa de Morales», lo que evidencia, una vez más, la antigüedad de este importante yacimiento, mejor conocido por su ocupación en época romana (Celis Sánchez, 1988). Igualmente, algunos poblados que verán su momento más álgido en la Edad del Hierro, parece que estuvieron ocupadas en esta época, caso de Arrabalde (Esparza, 1986, p. 37).

La fase de Cogotas I está también representada en el yacimiento de «Los Cenizales», en Barcial del Barco, sobre el Esla. Se trata, en este caso, de un «campo de hoyos», similar a los de la Tierra del Vino zamorana (Martín Valls y Delibes, 1975-1977-1979 y 1981). Las estructuras localizadas, visibles en la brecha abierta por el trazado del ferrocarril, son cubetas excavadas en el terreno, rellenos de una tierra cenicienta —de donde toma el nombre el yacimiento—

envuelta con fragmentos cerámicos y diverso material arqueológico de urgencia, lo que permitió la exhumación de material cerámico. En él destaca, la decoración excisa y de boquique, lo que nos remite a la cultura de Cogotas I. En «Los Cenizales» se localizó un hoyo revocado, lo que ha sido interpretado como «silo» (Rodríguez Marcos, 1988). El descubrimiento de este hoyo es sumamente importante toda vez que nos permite suponer una funcionalidad de almacenamiento para alguno de estas cubetas. Este asunto —el de la función— ha tenido interpretaciones diversas en la bibliografía.

El hecho de que en su interior aparezcan fragmentos cerámicos —lo que indica que fueron arrojados ya rotos—, junto a la presencia de restos óseos animales, ha generado la interpretación de «basureros». En otras ocasiones se ha ponderado su carácter votivo, no faltando autores que lo califiquen como enterramientos de incineración —lo que contrasta con el hallazgo de tres cadáveres en un hoyo de «La requejada» (San Román de la Hornija» (Delibes, 1978)— o fondos de cabaña.

Por nuestra parte, después de una campaña de excavaciones en «El Teso del Cuerno» (Forfoleda), en un yacimiento similar de «campo de hoyos», creemos que no todos los hoyos tienen la misma función, no ya sólo basándonos en los tamaños de los mismos, sino en su contenido. La relación de algunos hoyos con estructuras de habitación no está presente, de momento, en «El Teso de Cuerno». Existen, sin embargo, en San Román de Hornija (Valladolid) o en «La Muela de Alarilla» (Alcalá de Henares).

En cuanto a los objetos metálicos de esta etapa, conocemos un lote de nueve piezas, posiblemente originarias del castro de «Sansueña» (San Pedro de la Viña) (Delibes, 1977 y 1980), entre los que se encuentran puñales de hoja triangular y lengüeta simple, una punta de lanza, un hacha de talón y anilla, varios brazaletes lisos y un bocado de caballo (Fernández Manzano, 1986, p. 28).

LA EDAD DEL HIERRO

La cultura de Cogotas I parece diluirse a finales del S. IX a.c. La etapa posterior, la I Edad del Hierro, está representada en la cuenca media del Duero por los poblados tipo **Soto de Medinilla** a partir del siglo VIII a.c., donde el uso del bronce siguió siendo dominante, ya que «la auténtica proliferación en la Meseta de objetos de hierro... no tuvo lugar hasta la segunda Edad del Hierro» (Romero Carnicero, 1985, p. 86).

Los poblados tipo **Soto** de la región benaventana se caracterizan por estar situados en un altozano a orillas de un curso fluvial. Estos poblados se encuentran esparcidos por los valles del Esla, Eria-Orbigo, Cea y Tera. Entre ellos, cabe señalar los poblados de «La Corona», en Manganeses de la Polvorosa, «El Castro» (San Pedro de la Viña) (1), «El Castro» (Camarzana de Tera), Benavente, Castrogonzalo... (Mapa III).

(1) Conocido también como «castro de Sansueña», por hallarse a sus pies los restos que el vulgo ha llamado «ciudad de Sansueña» o «Ciudaleja», en la llanura del valle de Vidriales, en la carretera que va desde Santibáñez a Fuente Encalada (Gómez Moreno, 1927, p. 47). Este lugar se ha identificado como la **Petavonium** de las fuentes clásicas (Itinerario de Antonino), mansión situada en la calzada de Astorga a Braga, en cuyo solar estuvo ubicado un campamento romano (Martín Valls y Delibes, 1975 a).

Su situación implica lógicamente la búsqueda de un lugar elevado, apto para la defensa. Su aspecto castreño, a veces en espigón, como el de «La Corona» así lo delata (Foto 4). No parece que haya, o al menos no se ha conservado, sistema alguno de defensa artificial, por lo que estaríamos ante un nivel primario de defensa (González-Tablas, Arias y Benito, 1986). Ello no descarta la posibilidad de un sistema defensivo perecedero, a base de adobes o empalizadas como la documentada en el yacimiento epónimo del Soto de Medinilla (Valladolid).

La cultura material está representada por cerámica hecha a mano, donde están presentes los grandes recipientes de pies altos, las escudillas planas y los cuencos pequeños hemiesféricos. En cuanto a la decoración —aunque proporcionalmente minoritaria—, los temas más comunes suelen ser los zig-zags incisos, triángulos rayados e impresiones de yemas, como lo revela los hallazgos de «La Corona» de Manganeses (M. Valls y Delibes, 1981) (Fig. 4).

Es conveniente señalar que la ocupación de estos castros, tiene un origen anterior, como la «Dehesa de Morales» y, posiblemente, también, «El Castro» (S. Pedro de la Viña), como ya se ha señalado.

Las prospecciones arqueológicas están poniendo de relieve la importancia de la ocupación durante la I Edad del Hierro en el territorio que historiamos, al ampliar el número de yacimientos de este tipo. En el mismo altozano donde se ubica Benavente hubo, con seguridad, un poblado tipo **Soto,** como así lo ha demostrado nuestro colega Célis Sánchez (1986), al identificar en la zona de La Sinoga, estratos del Hierro, infrayacentes a los medievales (Fig. 5).

Hábitat y economía

El habitat en altura, con defensas naturales de laderas pronunciadas o crestones rocosos, proclama cierta preocupación por la seguridad de sus moradores. La cuestión estriba, como después se verá, en considerar si las obras artificiales, a base de líneas de muralla y otros complementos defensivos —documentados en algunos castros— puede relacionarse con el horizonte Soto o, por el contrario con la Segunda Edad del Hierro.

Por lo que respecta a estructuras de habitación, la excavación realizada en «El Castro» de Camarzana (2) pone de relieve la existencia de viviendas de planta circular, construidas con adobes que se apoyan al exterior en un zócalo de cantos rodados, Propios de la terraza donde se ubica el yacimiento. Las paredes de las casas están inclinadas hacia el interior. Estas viviendas circulares responden al modelo de estructuras domésticas propias de la Primera Edad del Hierro meseteño (Campano y Del Val, 1986).

El poblamiento, centrado a orillas de los ríos, dominando las fértiles vegas que se abren a sus pies, es un exponente de la vocación agrícola de sus gentes. Esta observación se ve reforzada por el hallazgo de molinos manuales y molenderas en los poblados. Junto a la explotación agrícola del territorio, se documenta, gracias a los restos faunísticos que deparó la excavación del castro de

(2) Esta excavación, como otras que hemos señalado, se enmarcaron dentro del programa de excavaciones arqueológicas de urgencia, promovido por el Servicio Territorial de Arqueología de Zamora, de la Junta de Castilla y León.

Camarzana, la existencia de una actividad ganadera basada en la cría de ovicápridos, fundamentalmente. Los restos óseos documentan también la presencia de suidos (cerdos - jabalíes) y bóvidos (Campano y del Val, 1986, p. 33).

La defensa artificial de los poblados

Ya hemos aludido anteriormente a la preocupación defensiva de los poblados, señalando que no se ha reconocido sistema alguno artificial que indique claramente que los poblados mencionados estuvieron fortificados en la fase Soto, aunque ello no es del todo descartable, como veremos.

Existen, sin embargo, algunos poblados que presentan un sistema artificial de defensa, a veces reforzado. Así, «El Castillo», en Manzanal de Abajo, tiene una **muralla,** adaptada a la topografía del terreno, que va enlazando gruesos castilletes rocosos. Las partes más vulnerables ofrecen un campo de **piedras hincadas.** Algo similar se observa en el castro de «Ledradas», de Arrabalde. Allí se disponen dos líneas de muralla, habiéndose señalado la posible existencia, también, de piedras hincadas en el sector NE (Esparza, 1986, p. 37). «La Armena», en Cubo de Benavente, es un castro amurallado que presenta, además, un **foso** (Esparza, 1986, p. 58). El foso también delante de la entrada al castro de Manzanal.

Estructuras de piedras hincadas y fosos, asociadas a paramentos amurallados, caracterizan a varios de los castros del occidente zamorano (Lubián, Riomanzanas, Fresno de la Carballeda, entre otros (Esparza, 1983), Tras-os-Montes (Penhas Juntas, Parada de Infançoes, Vimioso...) y área salmantina (Saldeana, Bermellar, «Las Merchanas» (Lumbrales) (Maluquer, 1956), «Picón de la Mora» (Encinasola de los Comendadores) (Martín Valls, 1971), «La Plaza» (Gallegos de Argañán (inédito)...

La cuestión que se plantea es la fijación cronológica de tales estructuras. A este respecto, cabría recordar, una vez más, la dicotomía existente entre poblados que carecen de defensa y que están claramente vinculados al horizonte Soto, con aquellos que sí las presentan. Ahora bien, la carencia actual de fortificación en aquellos no implica necesariamente su inexistencia. Ciertos indicios parecen asegurar que posiblemente alguno —aunque no todos— tuvieron, como Camarzana «señales de cerca» (Gómez Moreno, 1927, p. 52). En el castro de San Pedro de la Viña, Esparza señala un corto lienzo de muralla hacia el NO «uniendo dos crestas rocosas» (1986, p. 118-119). Por otro lado, Los castros donde se advierte el sistema de defensa delatan una ocupación de gentes con cerámica tipo Soto, como ocurre en Cubo de Benavente (Esparza, 1986, p. 57-58).

Muy próximo a la comarca, ubicado en espigón formado por el Tera y el Valdalla, se encuentra el castro de «El Castillo», en Manzanal de Abajo, promontorio castreño al que ya nos hemos referido. El material arqueológico hallado en las campanas de excavación —la última en 1988— indica la ocupación de unas gentes culturalmente afines al horizonte Soto de Medinilla, concretamente a la segunda fase, en la primera mitad del siglo VI a.c. (Escribano Velasco, 1988). La problemática estriba, por tanto, en documentar si el sistema defensivo pertenece a un Hierro I. A este respecto, conviene señalar que para los castros fortificados con muralla y piedras hincadas del núcleo soriano se ha

venido admitiendo una cronología del primer Hierro (Harbison, 1971), en tanto para el área abulense-salmantina, los fenómenos de fortificación artificial de los castros parecen ser posteriores al 500 a.C. (Martín Valls, 1985), tomando como referencia el ejemplo del poblado de Sanchorreja (Maluquer, 1955). Sin embargo, las últimas campañas de excavación en este castro documentan dos momentos de muralla, fijando el segundo en el siglo VI a.C. (González-Tablas, Arias y Benito, 1986).

El hecho no deja de ser interesante, toda vez que entra en contradicción con la fecha sugerida por Maluquer, lo que de confirmarse en otros castros elevaría la tradicional cronología de los sistemas defensivos del área abulense-salmantina a un Hierro I. Sin embargo, el hecho de que no se hayan realizado excavaciones en la mayoría de los castros —cortanto, incluso, las murallas— sigue manteniendo viva la polémica sobre el momento de fortificación de estos poblados.

Con todo, no todos los castros con sistema de defensa artificial tienen que ser contemporáneos. El caso del castro de Lubián, con una única ocupación, nos llevaría al siglo III a.C. (Esparza, 1986, p. 361). El mismo Esparza se inclina a pensar que, a juzgar por los restos conservados, el castro de «Labradas», en Arrabalde, se fortificaría a finales de la Edad del Hierro (1986, p. 360-361).

En suma, nos encontramos ante un mundo —el castreño— que en un momento determinado acomete la fortificación de sus poblados con barreras —murallas—, campos de piedras hincadas y, en ocasiones, fosos. Esta faceta defensiva, que bien podría estar vinculada al mundo Soto, tiene, no obstante, su continuidad, haciendo surgir nuevos poblados castreños «en fechas más tardías» (Esparza, 1986, p. 362), ya avanzada la II Edad del Hierro.

La celtiberización

La decadencia y desaparición del mundo Soto indicaría el inicio, hacia comienzos del siglo V a.C., de una segunda Edad del Hierro, bien representada en la Meseta, cuyo límite final en esta zona vendría señalado por la conquista romana en el siglo I a.C.

Este Hierro II vería en este territorio, a partir del siglo III a.C. la tímida llegada de la **celtiberización**. El mundo celtibérico está presente a través de la cultura material en los castros de Arrabalde, San Pedro de la Viña. Manganeses de la Polvorosa, Fuentes de Ropel, San Pedro de Zamudja...; en cualquier caso, este fenómeno cultural no cala hondo en estos poblados occidentales de la cuenca del Duero. La presencia de la típica cerámica celtibérica, torneada y pintada, en ocasiones, con semicírculos concéntricos y ondas en negro, no es muy abundante; antes, al contrario, la escasez de la misma es significativa para ponderar el, también, escaso impacto del mundo celtibérico. La impronta celtibérica se rastrea en Arrabalde a través del célebre tesoro (Delibes y M. Valls, 1982). De todos modos, ello respondería a la expansión de una orfebrería **de moda** (Esparza, 1986, p. 374) y no a una asimilación de las formas políticas, económicas y sociales propiamente celtibéricas.

El final de la Edad del Hierro coincide con la llegada de los romanos a este territorio ocupado por astures. Con la conquista y posterior romanización, las poblaciones indígenas entran en la Historia. Algunos de los viejos poblados continúan ocupados durante la época romana (La Dehesa de Morales), mientras

otros se abandonan y el poblamiento baja al llano, caso de «La Corona», en Manganeses. Incluso, en torno a primitivos emplazamientos se fueron desarrollando importantes núcleos de población. Así a las faldas del castro de Sansueña se estableció la mansión de **Petavonium** en la vía **Asturica Augusta** a **Bracara Augusta,** junto al campamento romano que ocupara la **Legio X Gemina** y, posteriormente, el **Ala II Flavia Hispanorum Civium Romanorum** durante el Alto Imperio (Martín Valls y Delibes, 1975 a) (Foto 5).

BIBLIOGRAFIA

BENITO DEL REY, L (1988): *El Paleolítico en la provincia de Zamora.* Ponencia presentada al I Congreso de Historia de Zamora, 14 al 18 de marzo de 1988.

BENITO DEL REY, L. y MARTIN BENITO, J.I. (1985): *Investigaciones sobre el Paleolítico Inferior en los valles septentrionales del Duero medio.* Stvdia Zamorensia Historica, VI, pp. 405-411.

CAMPANO LORENZO, A. y DEL RECIO, J. (1986): *Un enclave de la primera Edad del Hierro en Zamora. «El Castro», Camarzana de Tera.* Revista de Arqueología, n.º 66. pp. 29-33.

CELIS SANCHEZ, J. (1986): *Nuevo yacimiento de la Edad del Hierro en Benavente (Zamora).* Anuario del Instituto de estudios zamoranos «Florián de Ocampo», pp. 41-53. Zamora.

CELIS SANCHEZ, J. (1988): «La Dehesa de Morales», Fuentes de Ropel. Avance al estudio de la campaña de prospección y sondeos arqueológicos, julio, 1984. Comunicación presentada en el I Congreso de Historia de Zamora, 14-18 de marzo de 1988.

DELIBES DE CASTRO, G. (1978): *Una inhumación triple de facies Cogotas I en San Román de la Hornija.* Trabajos de Prehistoria, Vol 35. Madrid.

DELIBES DE CASTRO, G. (1985): *El Neolítico. Los comienzos de la agricultura y la ganadería en la Meseta. En: La Prehistoria del Valle del Duero.* Historia de Castilla y León. Vol. I. Valladolid.

DELIBES DE CASTRO, G. y SANTONJA, M. (1986): *El fenómeno megalítico en la provincia de Salamanca.* Ed. Diputación Provincial. Salamanca.

DELIBES DE CASTRO, G. y DEL VAL ECIO, J. (1988): *Megalitismo y Edad del Bronce.* Ponencia presentada en el I Congreso de Historia de Zamora, 14-18 de marzo de 1988.

ESCRIBANO VELASCO, C. (1988): *Contribución al estudio de la Edad del Hierro en el noroeste de Zamora:* «El Castillo», Manzanal de Abajo (Zamora). Comunicación presentada en el I Congreso de Historia de Zamora, 14-18 de marzo de 1988.

ESPARZA ARROYO, A. (1980): *Nuevos castros con piedras hincadas en el borde occidental de la Meseta.* Actas do Seminario de Arqueología do Noroeste peninsular. Revista de Guimares, Vol. II. pp. 71-86.

ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora.* Ed. Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo». Diputación Provincial de Zamora.

FERNANDEZ MANZANO, J. (1986): *Bronce Final en la Meseta española: el utillaje metálico.* Monografías. Investigaciones arqueológicas en Castilla y León. Almazán, Soria.

GOMEZ MORENO, M (1927): *Catálogo monumental de España. Provincia de Zamora. (1903-1905).* Madrid. Reed. León, 1980.

GONZALEZ-TABLAS, F.J.; ARIAS GONZALEZ, L. y BENITO ALVAREZ, J.M. (1986): *Estudio de la relación relieve/sistema defensivo en los castros abulenses (fines de la Edad del Broce-Edad del Hierro.* arqueología espacial, vol. 9 (Coloquio sobre el Microespacio, 3: Del Bronce final a Epoca Ibérica). Teruel, pp. 113-126.

HARBISON, P (1979): *Wooden and Store Chevaux de Frise in Central Western Europe.* P.P.S., XXXVII, pp. 195-225.

LOPEZ PLAZA, S. (1982): *Aspectos arquitectónicos de los sepulcros megalíticos de las provincias de Salamanca y Zamora.* Ed. Universidad de Salamanca.

MALUQUER DE MOTES, J. (1955): *El castro de «Los Castillejos» de Sanchorreja.* Avila-Salamanca, 1958.

MALUQUER DE MOTES, J. (1956): *Carta arqueológica de España.* Salamanca. Salamanca.

MARTIN BENITO, J.I. (1985): *Investigaciones sobre el Paleolítico Inferior en el curso final del valle del río Orbigo. El Achelense antiguo.* Stvdia Zamorensia Historica, VI, pp. 9-40).

MARTIN BENITO, J.I. (1988): *El Achelense en los valles norteños del Duero zamorano.* Comunicación presentada en el I Congreso de Historia de Zamora, 14-18 de marzo 1988.

MARTIN BENITO, J.I. y BENITO ALVAREZ, J.M. (1986): *La industria achelense de «Las Praderonas» (Santa Croya de Tera, Zamora). Stvdia Zamorensia Historica, VII, pp. 20-38.*

MARTIN BENITO, J.I. y BENITO ALVAREZ, J.M. (1987): La industria inferopaleolítica de «El Lombo»: un yacimiento del Achelense antiguo en el curso medio del valle del río Yeltes (Castraz de Yeltes, Salamanca). Salamanca, revista provincial de estudios, núms. 22-23. Salamanca, pp. 69-100.

MARTIN VALLS, R. (1971): *Es castro de Picón de la Mora (Salamanca).* B.S.A.A., XXXVII. pp. 125-139.

MARTIN VALLS, R. (1985): *Segunda Edad del Hierro. Las culturas prerromanas. En la prehistoria del valle del Duero.* Historia de Castilla y León. Vol I. Ed. Ambito. Valladolid.

MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1975 a): *El campamento de Rosinos de Vidriales. En sobre los campamentos de Petavonium.* Studia Archeologica, 36. Valladolid.

MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1975): *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (II).* B.S.A.A., XLI, pp. 445-473.

MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1976): *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (III).* B.S.A.A., XLII, pp. 411-440.

MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1977): *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IV).* B.S.A.A., XLIII, pp. 291-319.

MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1977): *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VI). B.S.A.A., XLV, pp. 125-147.*

MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1981): Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (VIII). B.S.A.A., XLVII, pp. 153-186.

MARTIN VALLS, R. y DELIBES DE CASTRO, G. (1982): *Hallazgos arqueológicos en la provincia de Zamora (IX).* B.S.A.A., XLVII, pp. 46-70.

PALOMINO LAZARO, A. (1988): *Nuevas aportaciones al conocimiento del fenómeno megalítico en la provincia de Zamora.* Comunicación presentada en el I Congreso de Historia de Zamora, 14-18 de marzo de 1988.

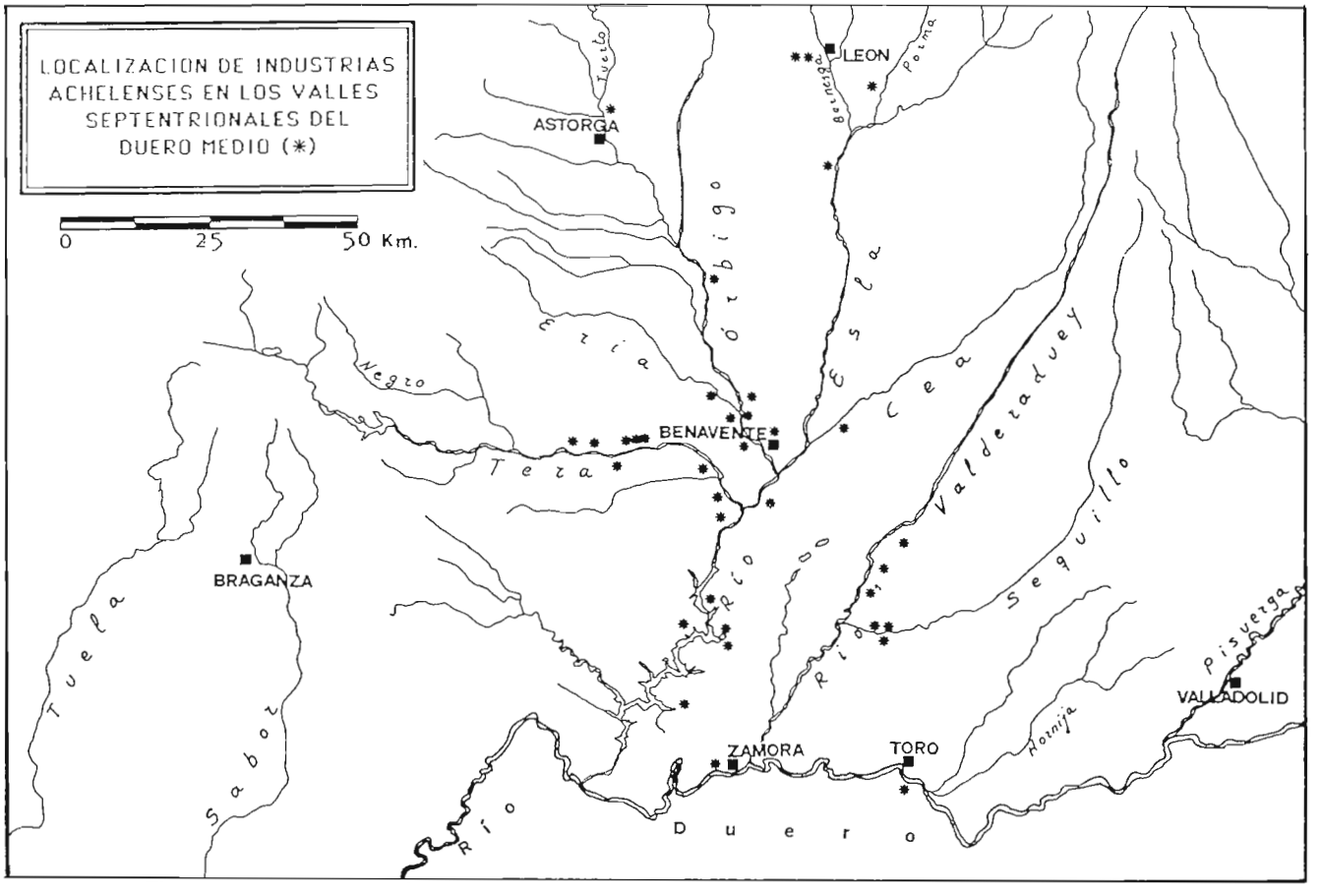
REGUERAS GRANDE, F. (1979): *Un yacimiento romano en el valle del Esla: la «villa» de «Las Cañamonas».* Archivos Leoneses, 65, pp. 11-21.

RODRIGUEZ MARCOS, J.A. (1988): *El yacimiento de «Los Cenizales» en Barcial del Barco (Zamora). Nuevos datos para la interpretación de los «campos de hoyos» de Cogotas I.* Comunicación presentada en el I Congreso de Historia de Zamora, 14-18 de marzo de 1988.

ROMERO CARNICERO, F. (1985): *La Primera Edad del Hierro. El afianzamiento de la sedentarización y la explotación intensiva del medio. En la Prehistoria del valle del Duero.* Historia de Castilla y León. Vol. I, pp. 82-103.

SANTONJA GOMEZ, M. (1981): *Características generales del Paleolítico Inferior de la Meseta española. Nvmantia, pp. 9-63. Soria.*

MAPA I


LOCALIZACION DE INDUSTRIAS ACHELENSES EN LOS VALLES SEPTENTRIONALES DEL DUERO MEDIO (*)
0
25
50 Km.
LEON
ASTORGA
BENAVENTE
BRAGANZA
ZAMORA
TORO
VALLADOLID
Tuerto
Bernesga
Porma
Orbigo
Esla
Cea
Valderaduey
Seguillo
Eria
Negro
Tera
Tuela
Sabor
Río Duero
Pisuerga
Hornija

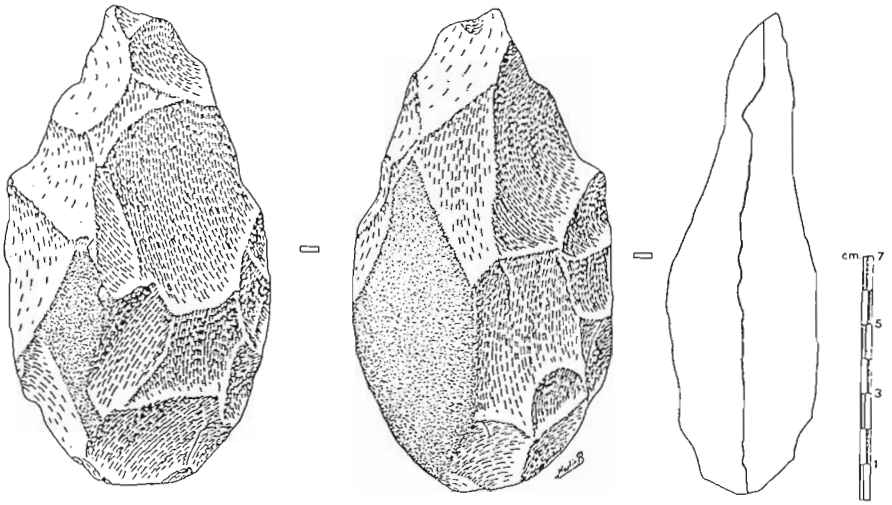


Fig. 1.—Bifaz hallado en el yacimiento de «la Cantera Grande» (Benavente). Valle del Orbigo.

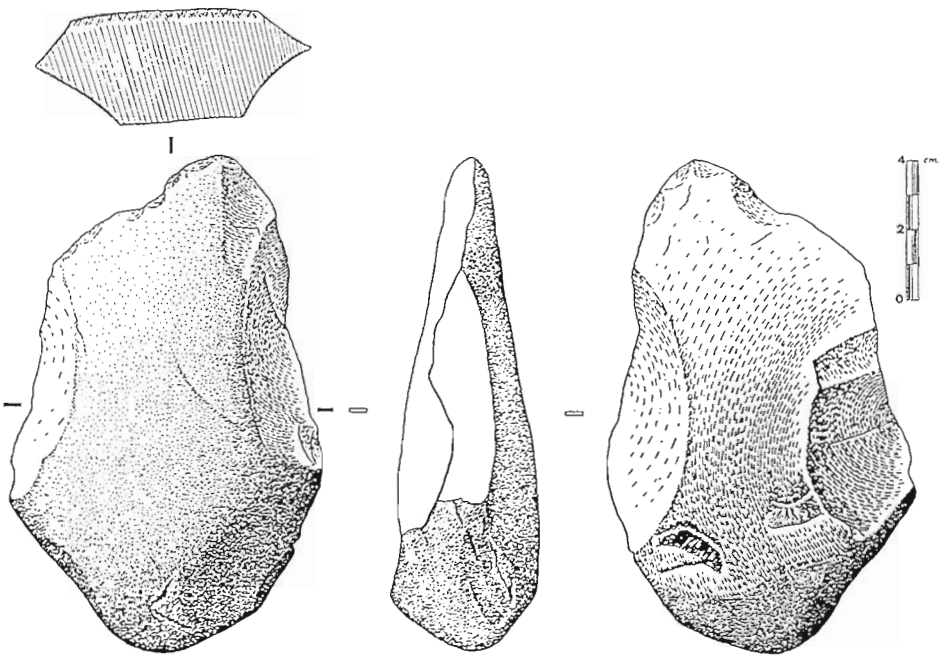
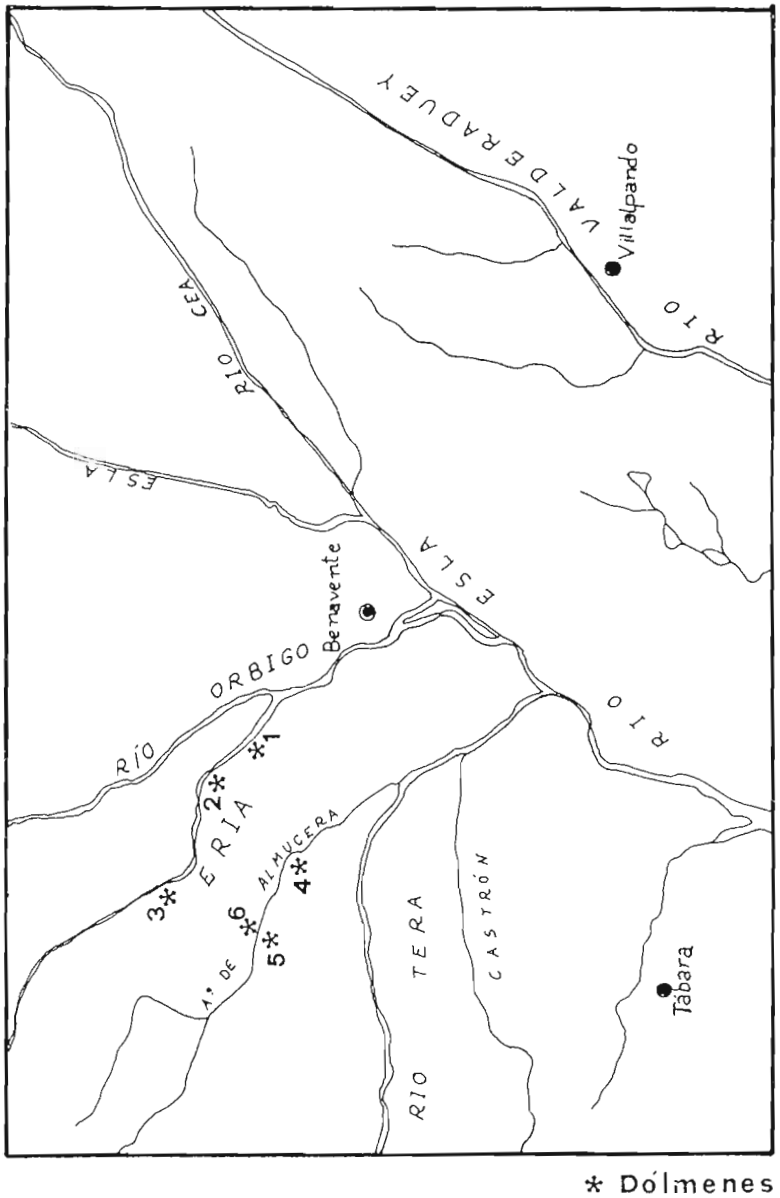


Fig. 2.—Hendidor de «Los Milanos» (Santa Marta de Tera).

MAPA II

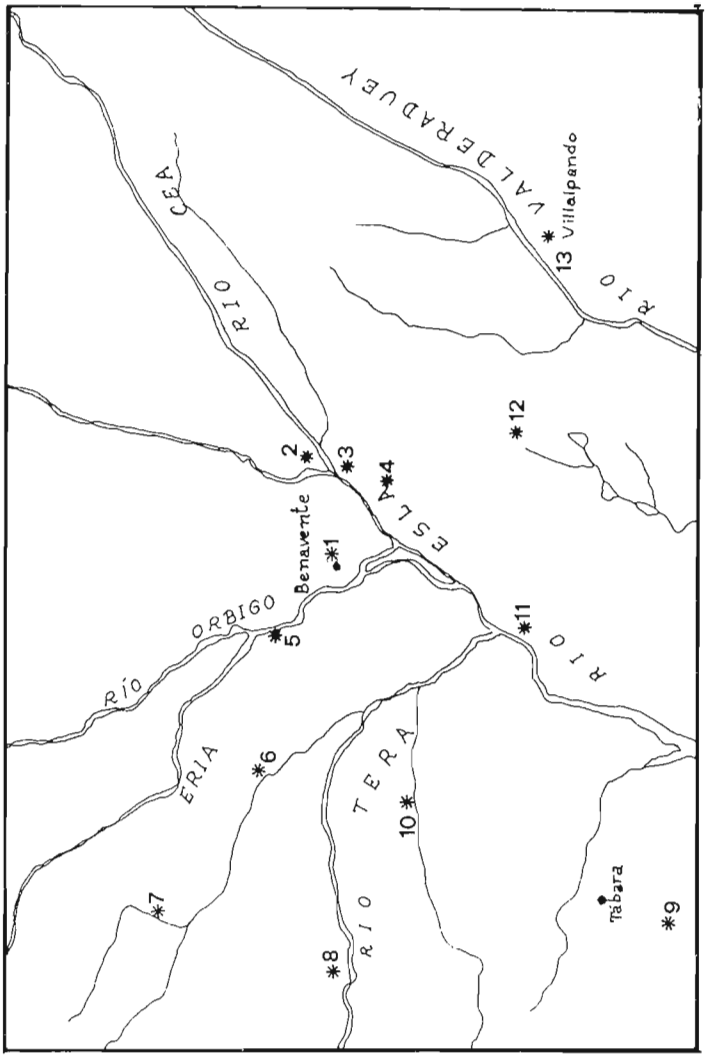


* Dólmenes

Dólmenes de la comarca de Benavente y Los Valles

1. Morales de Rey
2. Santa María de la Vega
3. Arrabalde
4. Brime de Urz
5. «Las Peñezuelas» (Granucillo de Vidriales)
6. «San Adrián» (Granucillo de Vidriales)

MAPA III



Poblados de la I Edad del Hierro

1. Benavente
2. «Dehesa de Morales» (Fuentes de Ropel)
3. «Las Bodegas» (Castrogonzalo)
4. Castropepe
5. «La Corona» (Manganeses de la Polvorosa)
6. «El Castro» (Brime de Urz)
7. «El Castro» (San Pedro de la Viña)
8. «El Castro» (Camarzana de Tera)
9. «El Castro» (Escober de Tábara)
10. «Teso de la Horca» (San Pedro de Zamudia)
11. «El Castillo» (Bretó)
12. «Fuente Salina» (Revellinos)
13. «Teso de San Mamés» (Villalpando).

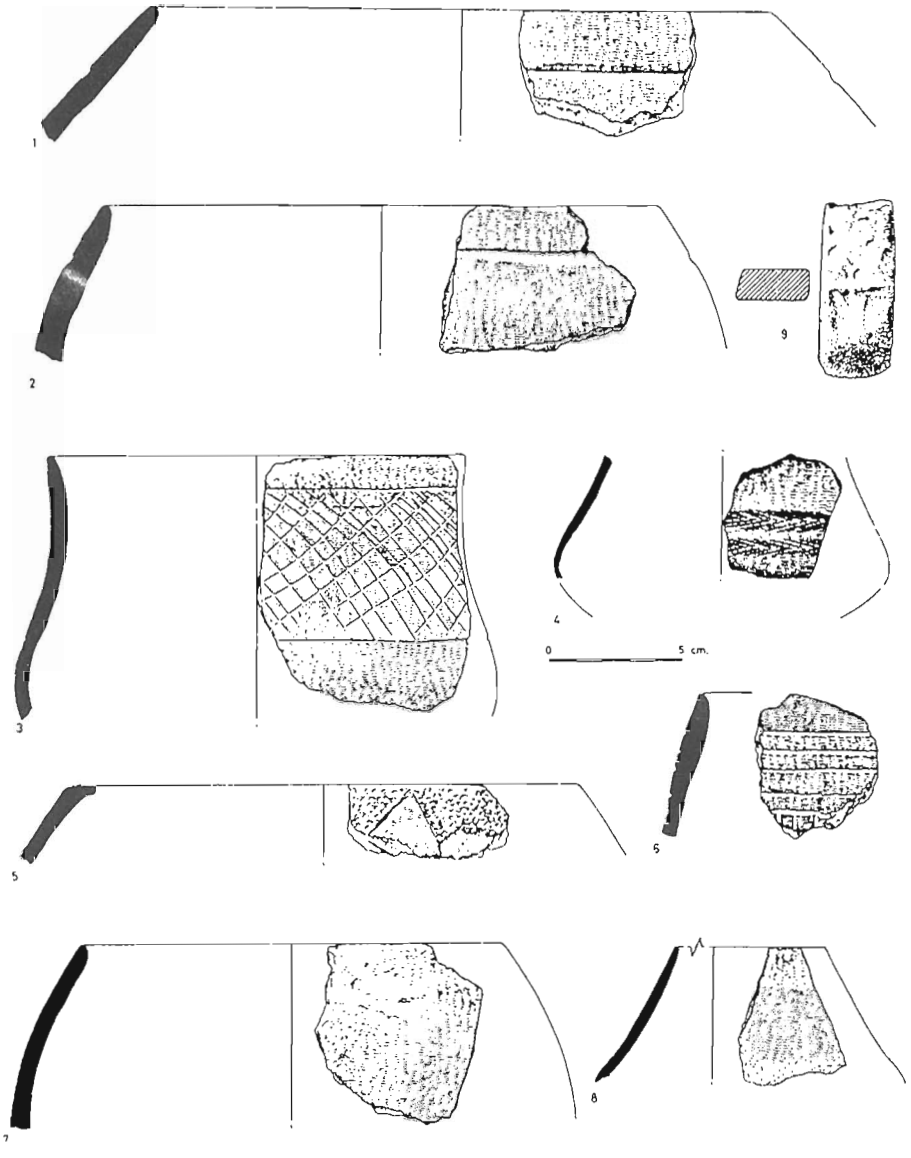


Fig. 3.—Materiales arqueológicos de «Las Cañamonas» (San Cristóbal de Entreviñas, Zamora), según Martín Valls y Delibes de Castro.

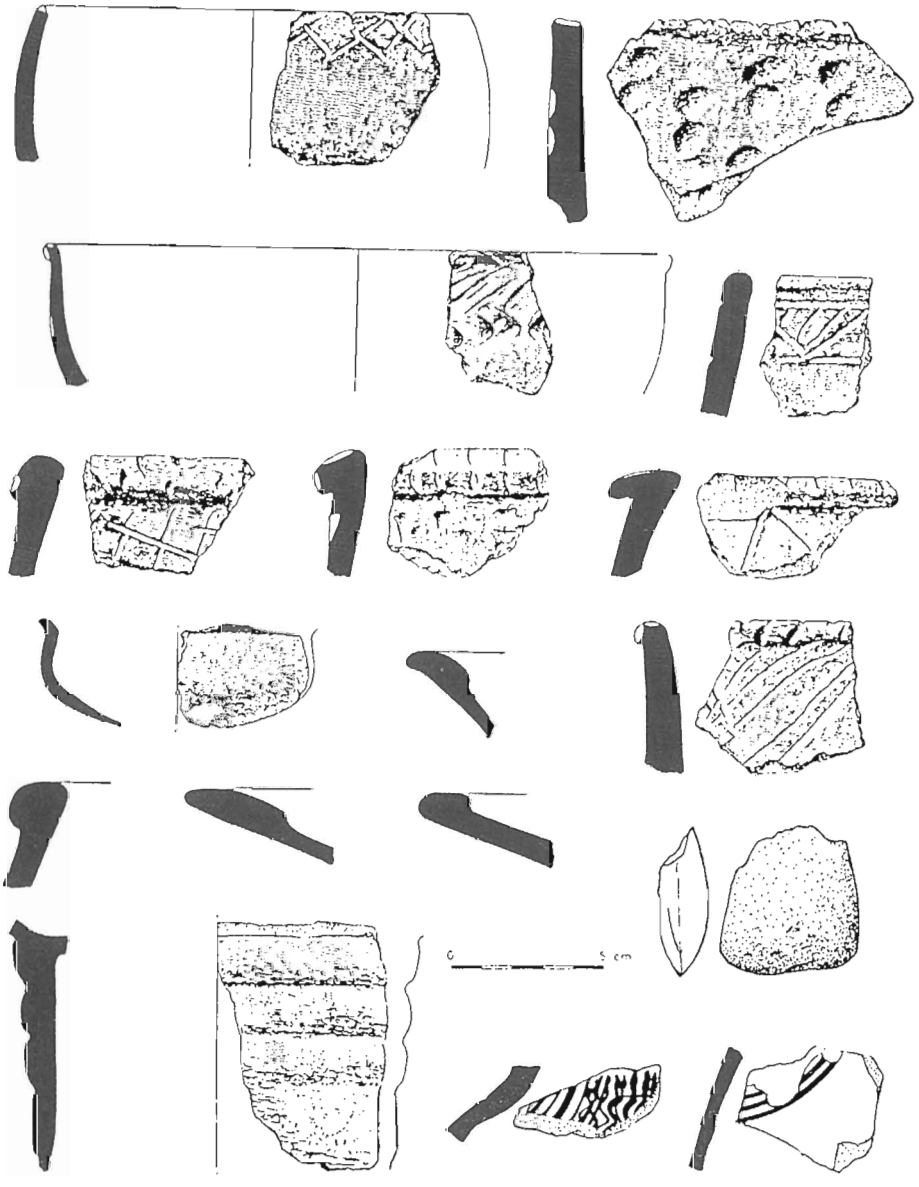


Fig. 4.—Materiales arqueológicos procedentes del castro de «La Corona» (Manganeses de la Polvorosa, Zamora), I y II Edad del Hierro (Según M. Valls y Delibes de Castro).

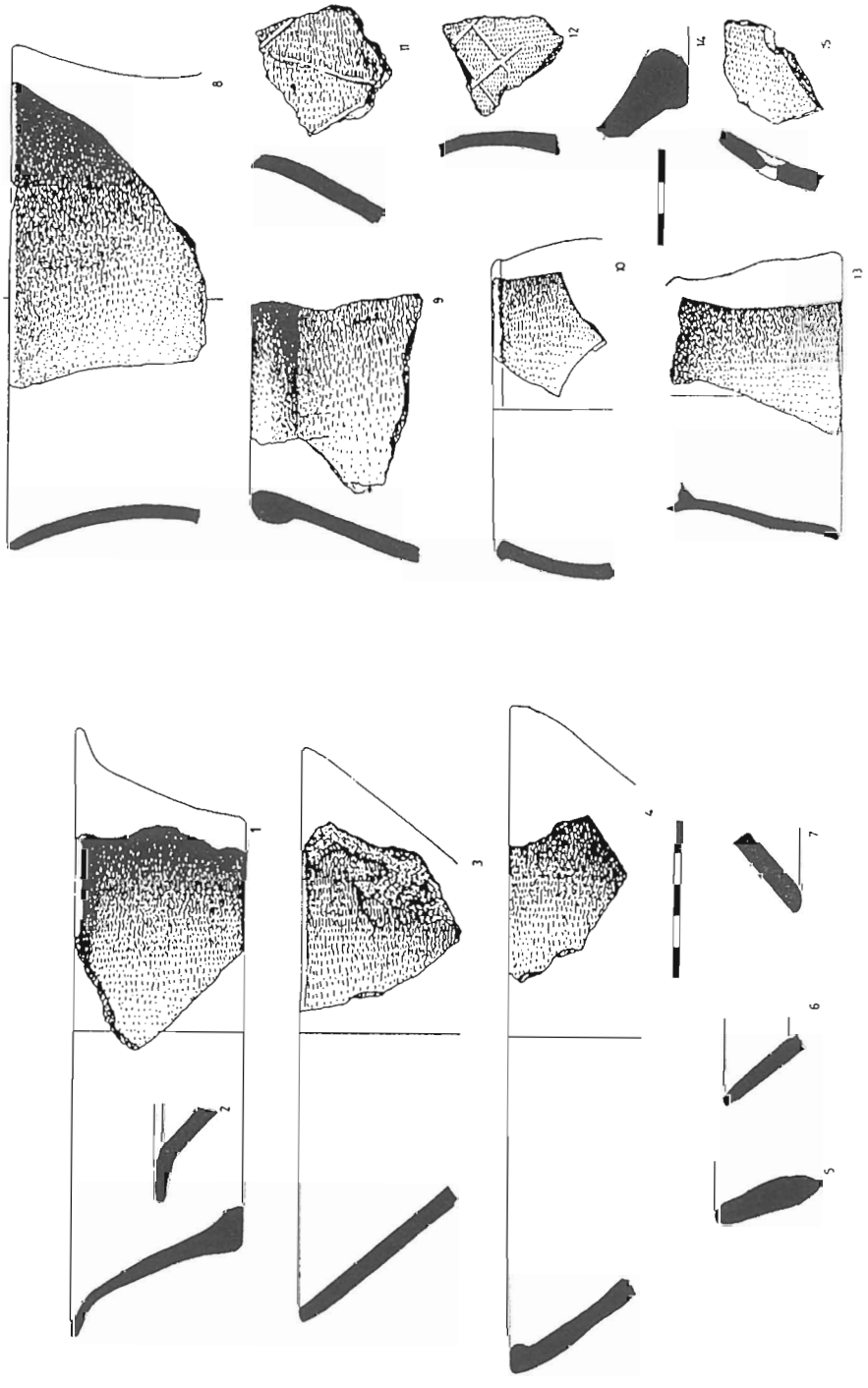


Fig. 5.—Cerámicas de la I Edad del Hierro. Benavente (según Celis Sánchez).

Foto 1. Dólmen de San Adrián.

Foto 2. Dólmen de «Las Peñezuelas»

Foto 3. Dólmen de Arrabalde

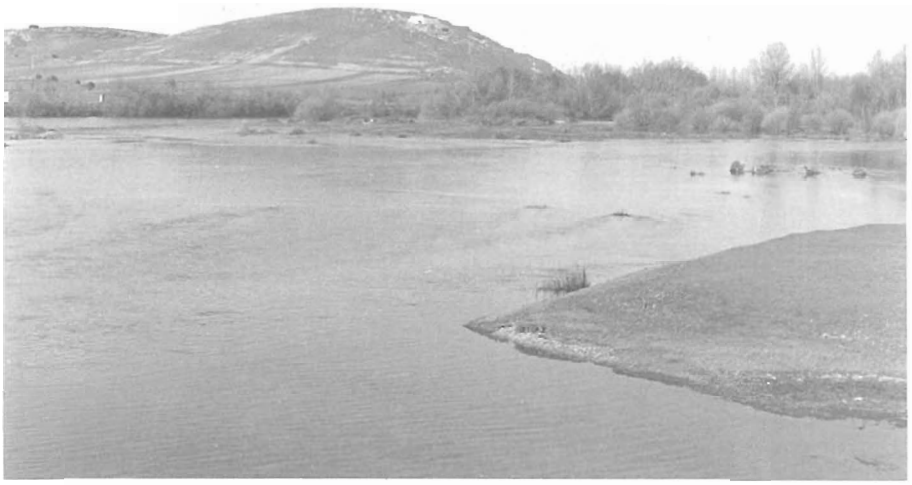


Foto 4. Castro de «La Corona» (Manganeses de la Polvorosa), sobre las vegas de los ríos Orbigo-Eria.

Foto 5. Castro de San Pedro de la Viña, al fondo. En primer término esquina de la cerca del campamento romano de Petavonium, en Rosinos de Vidriales.